

LA TAZA DE TILO



WIMPI

AUTOR DE

"EL GUSANO LOCO"

EDITORIAL FREELAND

La taza de Tilo.

ÍNDICE

La Coca	7
El juego, la filosofía y el calor	9
El cordero de Dios	11
Los insectos	14
Mas vale envejecer	17
Nociones de huevología	20
Función de la careta	23
El tipo regulado	25
Refacción del tipo	27
Tipos de tipos plagas	29
Explicación científica de un milagro	31
Ombliuistas y antiombliuistas	34
Jinetes	37
Hay que saber esperar con paciencia	39
Progreso	41
Reflexiones en torno a la trascendencia de las palabras	43
La onda supersónica	46
La suerte de los chinos	49
El peyotl y la berenjena	51
No somos nada	54
Complejidad desaprovechada	57
Cosas de gauchos	59
Desairada función de la historia	61
Alacalá de Henares, olvidada en los homenajes	63
¿Se especularía con los “toques”?	65
La gloria a sola firma	67
Evocación de Don Quijote, frente a los nuevos molinos	69
Razón por la cual él, después, se traga a los otros	71
“Lo que pasa es esto”	74
El suicidio ejemplarizador	77
Lanchas automóviles bajo el puente de los suspiros	80
Encanecer	83
La “terapia refrigerada”: una esperanza	85
Cuatro ojales	87
El vestido de la princesa	89
Habría que presupuestar al cuco	91
La “pichonga”, el “coquito” y “minusa”	93
Los diálogos de ella y él	95
Hacia una era de cuadrumanización	98
Profusión de ejemplos	101
Otro intervencionismo	103
El cometa fracasado	105
Debate en torno a ellas	107
El diario de un perro	109
¡... y el mundo sigue andando!	111
Para no comer carne muerta	113
Vida desguarnicionada	115

Función perturbadora de la verdad	117
Cosas que uno cree	120
Tabaco sintético	123
Como se hace el destino	126
Tipos psicológicos	128
“Sanagoria”, churro y papa	131
Folklore	132
Charlas de animales	135
Mímica y lenguaje	138
Variaciones en torno a nuestras diferencias	141
Los viejos retratos	144
El tipo y el conejo	147
Los adiestramientos	149
La única esperanza	152

Reflexiones en torno a la trascendencia de las palabras

El sentido de lo que se dice influye, siempre, sobre lo que se hace. Diríase que el tipo se oye, dándose, asimismo, extraordinario crédito, interiormente.

Y cuando dice, ante un acontecimiento cualquiera:

-¡ Es pavoroso!, ya lo califica, lo cataloga y lo sufre como pavoroso.

Aunque sea una pavada. La calificación que le dé al suceso, es, siempre, proporcional al rendimiento del suceso en ventura o dolor.

Admitimos que es la impresión que el suceso nos causa lo que actúa en función de substrátum del pensamiento, que, luego, acerca del suceso elaboramos. Y que las palabras con que, posteriormente, expresamos ese pensamiento sobre el suceso, son, aparentemente, apenas los artesanos de esa expresión.

Pero, de cualquier manera, ¡vaya uno a saber por qué!, influyen sobre el estado de ánimo que el suceso crea.

Diríase, aun, que adquirida cierta baquía en tanto que el tipo las pronuncia una y otra vez ante los acontecimientos para cuya exposición se adecuan, las palabras obran de por sí; y de acuerdo no solo a la inspiración que la sugirió sino que, también, a lo que al sugerirlas evocaba. La resignación cristiana, por ejemplo, no es como la estoica, autosugestión. El cristiano no se resigna, como el estoico, argumentando que “el dolor no es un mal”.

La moral cristiana rechaza el amortiguamiento de la sensibilidad –Max Scheler, *Guerra y construcción*- porque, ¿qué merito puede tener en no sufrir, el insensible? El cristianismo señala un nuevo camino al sufrimiento. Y cuando el cristiano, ante una desgracia cualquiera, dice: “El señor lo ha querido así. Bendito sea el nombre del señor”, ha creado, sí, con su inspiración, el nuevo sentimiento; pero, cuando lo expresa ya las palabras actúan solas.

Y como lo de “El señor lo ha querido así. Bendito sea su nombre”, fue concebido en trance de adecuarse para sufrir cristianamente, a veces, sin necesidad de la operación sentimental que sitúa al cristianismo ante su padecimiento, con solo pronunciar las admirables palabras, ya se siente el consuelo. ¿Reflejos condicionados? Puede ser.

Cuando el tipo, por ejemplo, tropieza con la parte herida y dice:–“Uno siempre se pega donde tiene lastimado”-, utilizando la exclamación tradicional, y lanzándola como se la oyó a otros, sin modificarla de acuerdo con las exigencias de su caso, se siente víctima de una, por lo menos, impertinente fatalidad. Si dijera, en cambio, que uno “tiene lastimado donde se pega”, el inofensivo concepto de *casualidad* amenguaría su padecimiento.

Como, asimismo, el de quien, después, repitieran la frase al llevarse por delante la cómoda con la rodilla cuyo menisco sonara. Uno no es nadie para hablar con ufanía de estas cosas. Pero uno no habla con ufanía. Habla, apenas por experiencia. El sentido de lo que se dice, influye sobre lo que se hace.

Por ejemplo, tenemos el caso de cuando se dice que uno “levanta el gallo”.

Se entiende por levantar el gallo –según el uso lo determinó- la actitud de grave y fundamental rebeldía.

-Sabés que fulano le levanto el gallo...

-Ah, sí, che, ¿y después?

-Después, se fue.

¡Es el sentido de lo que se dice que está influyendo ostensiblemente en lo que se hace!

“Levantar el gallo” es una locución que se usa indebidamente. Se usa para lo contrario de lo que ella, en realidad, expresa. En efecto: cuando en una riña el dueño de uno de los gallos ve que se lo dejaron como un juego de palabras cruzadas, entra al ruedo, lo levanta y se lo lleva.

Es una actitud equivalente a la de “tirar la esponja”.

Se “levanta el gallo”, cuando el gallo ya no sirve más para nada.

Por eso es que, influidos por el sentido de la frase con que se califica su actitud, a todo aquel que “levanta el gallo” se lo llevan, después, debajo del brazo.